

CULTIVAR EL SILENCIO Y LA CONTEMPLACIÓN EN LA VIDA COTIDIANA

Rosa Ramos

Mg. en Ciencias de la Religión, Uruguay

Contexto

Nuestro continente tiene una profunda tradición cristiana, católica, que perdura sobre todo a nivel popular y en medios rurales, aunque en los ambientes citadinos avanza, inexorablemente, la secularización. Uruguay, es un país diferente, notablemente laico y poco religioso.

Si bien “nació católico” -al decir de los que intentan reivindicar esa raíz- teniendo una Iglesia débil, sin riquezas, y habiéndose poblado con olas de migrantes liberales y anarquistas, prontamente se desató una fuerte lucha por el poder entre el Estado y la Iglesia que acabó separándolos. Ya en el último cuarto del siglo XIX el

Estado promovió y se hizo cargo de una “educación pública, laica, gratuita y obligatoria”, que además era de buen nivel. Había colegios confesionales animados por congregaciones religiosas, pero no teniendo subvenciones estatales se instalaron en las clases medias y altas. A mediados del siglo XX surgieron “colegios parroquiales” en los barrios más populares, pero sin duda la escuela pública ha tenido la mayor incidencia en la población en general.

No obstante, sostengo que mi país ha cultivado una profunda espiritualidad laica, más allá de la religión, que incluso ha permeado las vivencias espirituales de los que

sí optaron por una fe confesional. Nuestra experiencia puede ser tomada en cuenta por otros países aún temerosos de que el proceso de secularización acabe con la espiritualidad, o no sepa cómo conservarla y cultivarla, cómo educarla en las generaciones nuevas.

Este aporte va en la línea de compartir -fundamentalmente

a modo de testimonio- algo de nuestra espiritualidad uruguaya, también de cómo ha sido y es cultivada desde hace un siglo y medio, de lo cual muchos estamos orgullosos. No así los que tienen una idea más conservadora respecto a la espiritualidad y sólo la ven si tiene el sello católico y sacramental.

Breves relatos sobre la educación de la espiritualidad “a la uruguaya”

1. Valentina es hija de padre católico y de madre atea, no fue bautizada y no le enseñaron ni

el Padrenuestro. Hasta los doce años fue a escuela pública, luego en la adolescencia a institutos



de educación católica, pero no la “convirtieron”, diría que no calzaron con su espiritualidad. Es educadora de inicial y primaria, tiene 35 años y su propia familia, conformada por su esposo y dos pequeñas hijas, a las que educa en espiritualidad de forma tan natural que si le preguntáramos al respecto dibujaría en rostro un gesto de asombro muy típico suyo. Valentina habla y juega siempre con sus hijas, cuando amamantaba a la pequeña no dejaba de jugar con la que era apenas tres años mayor. Los juegos que anima son preferentemente de imaginación, como si no tuvieran tantos juguetes -objetos- como tienen. Entre esos juegos se incluyen cerrar los ojos y escuchar los sonidos del ambiente, caminar descalzas en silencio con ojos cerrados, ejercitando la percepción, o con ojos abiertos caminar “en cámara lenta”. Sus hijas miran muy poca TV, algún rato de dibujitos animados muy seleccionados, juegan al aire libre, entre ellas y con otros niños, tienen libros con historias que educan en valores, en los mismos que reciben permanentemente de padres y abuelos. Es una familia donde no se levanta la voz, no hay sobre

estimulación sonora ni de imágenes virtuales, se duerme temprano, el silencio es amable, alegre, todo el ambiente es de mucha ternura y cuidado. Así Valentina y el marido (que viene de una familia católica) educan la espiritualidad de sus hijas, en forma laica.

2. Pedro y Margarita se casaron en la década del cincuenta del siglo pasado; el suyo no fue un romance ni un amor de novela rosa, sino una decisión madura de formar una familia y de darle a los hijos cuidado y bienestar, “lo que ellos no tuvieron”. Hoy asombra, pero era frecuente ese tipo de matrimonios entre personas que venían de vidas duras. Su unión se mantuvo hasta que los separó la muerte -en tiempos en que la legislación uruguaya no ponía dificultades para el divorcio- por los hijos, pero además por lo que llamaría “la espiritualidad del mate”. El mate es una infusión que se consume en los países del sur del continente. Pedro y Margarita tarde a tarde, bajo el parral del patio en las tardes cálidas y en la cocina en las invernales, compartían el mate. No importaba si eran tiempos de crisis laboral o más estables, si había



enfermos o problemas en la familia o relativa tranquilidad, el mate de la tarde era sagrado y renovador de la alianza. A veces en silencio, otras conversando sobre la vida y las grandes decisiones a tomar, en tanto los tres hijos jugaban alrededor, bajo la mirada amorosa y orgullosa de ambos. Entre las decisiones importantes tomadas durante el ritual del mate, estuvo la de enviarlos a colegios católicos (pagos, lo que exigía mucho, a la magra economía familiar); recién allí, con cerca de seis años, los niños

aprendieron a rezar. Pero antes habían bebido esa espiritualidad profunda irradiada por los padres, gente sencilla y buena, que, entre mate y mate, soñaba en silencio un mundo mejor y era ejemplo de solidaridad, más con gestos que con palabras: como la casa abierta y la mesa tendida a muchos que no tenían familia propia.

3. Otro ritual laico que cultiva la espiritualidad, quizá más conocido internacionalmente: la contemplación de la puesta del sol desde Casapueblo, diseñada por el

artista plástico Carlos Páez Vilaró (1923 - 2014). La misma se ubica en un sitio privilegiado, en Punta Ballena, a pocos kilómetros del Punta del Este, principal balneario del país. El artista empezó a construir Casapueblo en 1958, poco a poco, con una estructura muy particular diseñada por él, para vivir dentro de una obra de arte y en 1997 se instaló allí definitivamente. Desde la laicidad uruguaya, con gran sensibilidad de artista y de hombre de mundo, Carlos Páez Vilaró, escribió su Oda al Sol. Cada tarde, mientras vivía y aún hoy, mucha gente se congrega en las instalaciones abiertas al público, en silencio reverente, a escuchar su voz mientras contempla el atardecer sobre el mar. La Oda saluda el sol que recorre la tierra desde su origen, que llega generoso a todas las realidades y pueblos. Durante más de nueve minutos la voz del artista alaba al sol, agradece su presencia y lo despide con gran respeto y admiración, confiando en volver a verlo iluminar su espacio. El texto es una oración, expresa una veneración al sol, que identifica con Dios. Pero lo destacable es la profunda espiritualidad que comunica, que provoca en

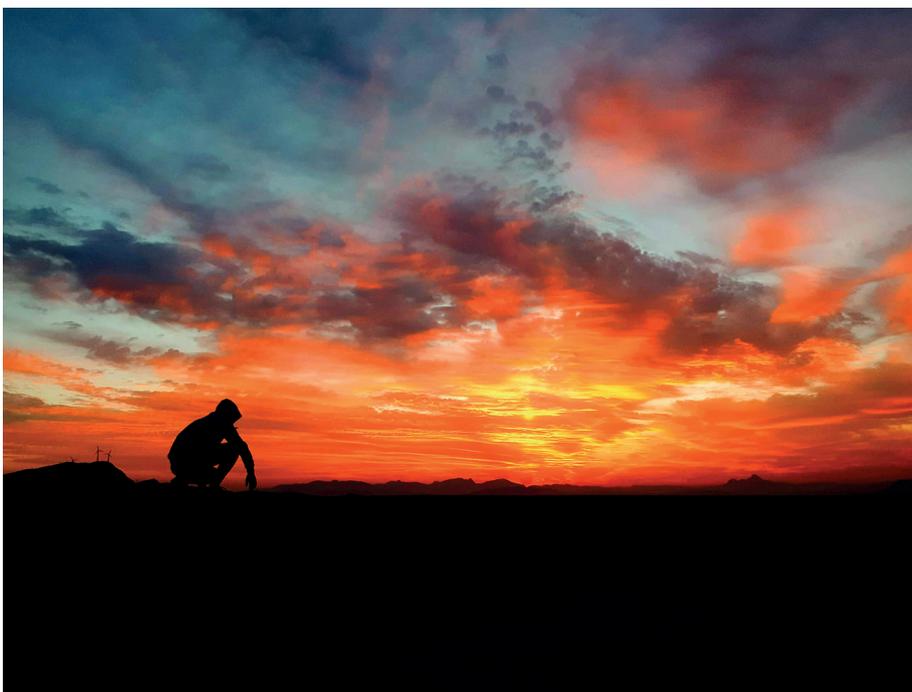
quienes, en silencio, participan de la “celebración del sol”. (<https://youtu.be/YDFt3JPaG4g>) Más allá de esta ceremonia, creada con ese fin contemplativo, a lo largo de toda la costa uruguaya, cada tarde -sobre todo en verano- miles de personas solas, grupos de amigos o familias con sus hijos, se congregan para mirar en silencio la puesta de sol. Así se alimenta la espiritualidad uruguaya.

4. En el año 2000 y siguientes, a raíz de una profunda crisis económica, como forma de subsistencia, en muchos sitios surgieron “huertas comunitarias”, retomando y socializando la tradición perdida del cultivo familiar de verduras y frutas. La nueva sensibilidad ecológica aportó otras motivaciones, luego la encíclica *Laudato si'* del Papa Francisco animó a muchos cristianos (miembros de CEBs, en especial) a fomentar estas iniciativas ya con una definida intención educativa. Se unieron la necesidad, la sensibilidad epocal, y la visión teológica, que daba fundamentación a la práctica. Surgieron estas huertas comunitarias que convocaron a

vecinos, cristianos, agnósticos o ateos, uruguayos o migrantes, jóvenes o ancianos, a trabajar juntos en una experiencia que dio lugar a los “nodos ambientales”. Ya no se trata simplemente de cultivar una parcela de tierra para obtener alimentos, sino de una actividad con intención de cultivar los valores comunitarios, la sensibilidad en relación al cuidado de la Casa Común y, especialmente, los vínculos humanos entre personas diferentes, que la globalización neoliberal y el individualismo han aflojado. El silencio es parte de la dinámica del trabajo compartido, el detenerse a mirar sus frutos con la satisfacción de haberlo hecho juntos, así como después -en rueda de mates- el diálogo sobre lo realizado, el discernimiento de la realidad y del futuro. Así se anima en una sociedad laica la “espiritualidad ecológica integral”, que no es sólo el cuidado de la Naturaleza, de la vida en todas sus formas, sino la búsqueda de relaciones fraternas entre las personas y pueblos.

Recapitulando: partimos de un contexto: un país laico, en el cual la espiritualidad está no sólo latente, sino que es vivida en las opciones fundamentales porque tienen arraigo histórico. Así, por ejemplo, nos llega en afirmaciones que hacen a nuestra identidad, porque las hemos mamado con la leche materna y las primeras lecciones de historia nacional: “Que los infelices sean los más privilegiados” o “Aquí nadie es más que nadie”.

Luego expusimos algunas historias reales ubicadas en ese contexto, con la intención de mostrar una espiritualidad característica y modos sencillos de alentarla tan sostenida como humildemente, en la vida cotidiana familiar, a través del arte o del trabajo comunitario. En todos los ejemplos está la constante del silencio y del aprovechamiento de las circunstancias para educar sin forzar, para cultivar la espiritualidad intencionadamente, sí, pero desde un testimonio y no desde teorías; vale decir mayéuticamente, ofreciendo la posibilidad del desarrollo de algo que está en germen.



La espiritualidad, patrimonio universal de la humanidad, ha de ser cultivada

A continuación, ofrecemos una breve fundamentación. Empezando por plantear conceptos de espiritualidad.

Muchas veces malinterpretamos la espiritualidad platónicamente, como lo dice bien claro la española Emma Martínez Ocaña:

“Para mucha gente “ser espiritual” es dedicarse a cosas “divinas” como la oración, pero no a la política o a la economía, ni a la cultura, ni

a las cosas cotidianas como hacer la comida, limpiar la casa, ni a la lucha por la supervivencia, ni al esfuerzo por transformar este mundo, ni a la búsqueda de la felicidad y el descanso necesario.” (Cuando la espiritualidad se hace cuerpo. Narcea, 2007)

La espiritualidad es esa luz, que iluminándonos desde dentro nos da una tonalidad que colorea todo lo que somos y hacemos. Es el modo

peculiar de ser, de estar y hacer en el mundo en interrelación. Es la fuente de la que mana la vida y las opciones de nuestras veinticuatro horas, que a su vez se ve alimentada por lo vivido a lo largo del día, con los encuentros y desencuentros, logros y frustraciones. (Aplicando el principio recursivo del pensamiento complejo de Edgar Morin).

Jon Sobrino afirma que la espiritualidad es patrimonio universal de la humanidad, y que va siendo cultivada en el claro-oscuro de la historia -en función de las condiciones existenciales-, para responder a la realidad en lo que tiene de crisis y de promesa (Espiritualidad y seguimiento de Jesús, en *Mysterium Liberationis*. Trotta, 1990). Este concepto se hace evidente en la espiritualidad uruguaya, pero seguramente se verifica en cada pueblo y su historia. Importa decir que la espiritualidad es una “presencia discreta” y, a nivel básico, no diferente entre creyentes y no creyentes. Es necesario distinguir entre espiritualidad y religiosidad.

Luego de esta mínima conceptualización, pues si estamos en este proyecto es que concebimos

así la espiritualidad, vayamos a su educación o “cultivo”.

Prefiero este término, “cultivo”, y lo justifico a partir de la antropología de Karl Rahner, para quien el ser humano es el ser interrogante, somos pregunta que busca respuesta y verdad, también libertad anhelante, porque el Creador ha dejado su huella en nosotros. Para Rahner el ser humano tiene capacidad de interrogar, de dudar, pero también de oír, es el ser Oyente de la Palabra (Herder. Barcelona, 1967), idea que da título a su tesis doctoral. La estructura trascendental del ser humano abre necesariamente al Absoluto como origen que sostiene y funda, y como fin que orienta y consume. Para la teología latinoamericana, esa apertura implica en primer lugar escuchar la realidad y sus gemidos, respetarla y no manipularla sino dejarse interpelar por ella. Estoy convencida que ser persona es salir de sí (planteo recurrente en el Papa Francisco), auto-trascenderse, y también que la auténtica espiritualidad es escucha y apertura, no ensimismamiento narcisista.

El cultivo de la espiritualidad, que supone enseñar, aprender

y desaprender también (por ejemplo, las visiones dualistas o de una espiritualidad ceñida a doctrinas religiosas), no es fácil en este tiempo de tanto “ruido”. Continuamente recibimos innumerables sensaciones fugaces que estimulan y seducen, colonizando las conciencias, estímulos que en su variedad y velocidad no permiten procesarlos y que atan al instante como si sólo fuéramos animales. Es tiempo de andar en busca del silencio perdido, tiempo de ascesis de estímulos, de decir “no” a su avalancha (El filósofo coreano-alemán Byung-Chul Han, lo plantea en sus múltiples ensayos). Sólo haciendo espacio-tiempo al silencio se engendra un pensamiento propio, auténtico y crítico. Sin silencio no hay trascendencia ni

humanización, no es posible cultivar la espiritualidad, en suma.

Si queremos educar a las nuevas generaciones -y por qué no a los adultos, también confundidos hoy entre pantallas y ruidos- en una espiritualidad que permita descubrir la apertura trascendental, necesitamos del silencio que nos haga inteligible ese anhelo hondo. En el nido del silencio, crece la posibilidad de la escucha, las personas son capaces de entrar en relación con lo Absoluto, aunque no lo sepan o nombren. La vida y sus misterios -las tres heridas con las que venimos al mundo según el poeta Miguel Hernández: la del amor, la de la muerte, la de la vida-hacen espacio al Misterio, que los cristianos llamamos Abba, como Jesús.

Poesía necesaria como el pan -o el mate- de cada día

Del silencio nace la palabra y en el silencio se acoge y crece, así muchas veces surge en forma de poesía. Sin duda, la poesía es una de las más señeras y sublimes expresiones de la espiritualidad, a la vez que la alimenta. Por eso no puedo terminar este breve aporte

sin mención a ella y ligándola al contexto uruguayo y las breves narraciones iniciales.

Al plasmar las historias de espiritualidad y cultivo de la misma en la cotidianidad, en especial la 2 (la de la alianza renovada en el mate compartido) y la 4 (de las

huertas comunitarias en barrios periféricos) pensé en un poema del escritor uruguayo Líber Falco, quien en Pensando en Luis Cuesta, un amigo entrañable fallecido, escribió:

*“Era pobre tu casa.
Era tu calle, pobre.
Pero allí, y entonces,
era más cielo el cielo”*

Los occidentales modernos y posmodernos pecamos de exceso de palabras y teorías. La gente sencilla es capaz de grandes silencios, así como de expresiones simbólicas riquísimas (dice el teólogo chileno Diego Irarrázaval en Indagación cristiana en los márgenes, Santiago, 2013). Pensando en la educación de la espiritualidad, deberíamos tener en cuenta la gente sencilla, sus silencios, su capacidad de escucha, de compartir y celebrar la cotidianidad. Aprender de ellos.

Con las historias 1 (la madre educando la percepción de las hijas) y la 3 (el artista educando la sensibilidad y la apertura al misterio con su Oda al sol, recordé a un viejo formador de catequistas, también un poco poeta, Roberto Viola, sj, quien decía: “La capacidad para percibir el Misterio que nos

envuelve, va de la mano con la actitud para maravillarse”. Las pequeñas hijas de Valentina, tanto como los turistas que van a ver el atardecer en Casapueblo, se descalzan y silencian para maravillarse y entrar confiados en contacto con el Misterio que la madre o el poeta indican.

Termino con otra muestra de la riquísima espiritualidad laica uruguaya, citando un breve poema titulado El puente, de Circe Maia, escritora uruguaya sin fe religiosa:

*En un gesto trivial, en un saludo,
en la simple mirada, dirigida
en vuelo, hacia otros ojos,
un áureo, un frágil puente se
construye.*

Baste esto sólo.

*Aunque sea un instante, existe,
existe.*

Baste esto sólo.

Este poema es aplicable a las cuatro breves historias y a muchas más que por razones de espacio no son posibles aquí. ¡Existen tantas experiencias de comunión espiritual que nos permiten cruzar en puntas de pie el abismo entre mundos diversos y hasta entre la vida y la muerte, adentrándonos en el Misterio que nos envuelve! Pero

¡cuántos puentes áureos y frágiles, al decir de Circe, se pierden en el vértigo de estímulos y corridas que impone la sociedad actual! ¡Cuánto se pierde hoy, tras espejismos hedonistas, huyendo del dolor y de la muerte, pero también del silencio y de lo simple!

La espiritualidad, patrimonio universal de la humanidad,

presente más allá de confesiones religiosas o en ausencia de ellas, necesita ser soplada como los rescoldos dormidos, animada, para que despierte y se inflame en luz, color, calor... Seamos parteros de espiritualidad, y contemplemos con gozo y reverencia “un mar de fueguitos” (Eduardo Galeano) que es el mundo, que somos nosotros.